

## ANIMALES

**Yo soy un habitante del planeta tierra.  
Tengo, hasta ahora, una buena amistad  
con el oxígeno.**

**Mis hermanos son los hombres y mujeres  
de buena voluntad.**

**Pero también lo son los animales.**

**Yo, un día, le escribí un madrigal  
a una gacela**

**y a su inquietud de puntos suspensivos;  
y, tres o cuatro páginas después,  
una carta de amor**

**a un oso panda recién nacido.**

**En algunas ocasiones me ha tocado sorprender  
a un gorila que, con el rostro al cielo,  
le da forma de signo de interrogación  
a su saliva.**

**Pobre simio, en vez de cargar dos pupilas,  
tiene un par de preguntas sin respuesta,  
parpadeando,  
como una triste nave a la que el puerto  
se le naufragara.**

**Cuántas veces he querido  
darle un beso en la frente a un elefante,  
como los besos que les dan los nietos  
a sus abuelos.**

**Son mis hermanos.  
Lo son, como lo muestra  
el que a todos, sin distinción de patas,  
mandíbulas, quehaceres,  
los tuteo, les brindo la familiaridad  
de mis caricias enmieladas  
y procuro hablarles  
mirándoles a los ojos.**

**Mi concepción materialista del mundo  
me dice: son tus hermanos.  
Darwin se halla a un Mozart  
de ser la plenitud de lo existente.  
El genoma no sabe de mentiras:  
su decir  
nunca se bifurca en la doble moral  
de la lengua viperina.**

**Al igual que los sentenciados a muerte  
que, yendo al cadalso,  
oyen al verdugo  
afilarse el último de sus suspiros,  
la tortuga camina lentamente,  
pian pianito,  
pisándole los talones a su propio desgano.**

**¿Y la liebre?  
Ella está siempre en competencia**

con la prisa; luce a media frente  
la meta de su empeño  
(como proa que corta en dos el aire  
al olisquear de lejos el aroma de sol  
bañándose  
en la playa)  
y en un santiamén  
le mete zancadillas a la distancia,  
como el hijo pródigo  
que deja a sus espaldas  
su cauda de ceniza  
al salir precipitadamente  
de su casa en llamas.

El chimpancé sabe sumar, restar  
y , dando increíbles cabriolas,  
hablar con las estrellas  
de geometría.  
La metafísica, al parecer, no le entusiasma.  
Pero encuentra el límite o los pródromos  
de un cierto allende  
no sólo en el precipicio,  
en el punto y aparte del acantilado,  
también en el borde mismo  
de sus ojos.

Alguna vez he estado dispuesto  
a cantar a dúo con un pájaro.

**Pero la sordina de la timidez,  
la mordaza de un ripio  
o el ala rota de la desafinación,  
me han vuelto de golpe  
a esta jaula de mudos en que hallo.**

**Dicen que es el instinto.  
Yo creo, más bien,  
que es el amor maternal  
el que hace que las hembras animales  
sean el ángel de la guarda  
de sus crías.  
Cómo admiro a la cangura  
que nunca acaba de dar a luz,  
que nunca acaba.  
Y al dar canguridad a su criatura,  
teje con la hilatura de su afecto  
un irrompible cordón  
umbilical.  
Sí que la admiro.**

**Pero, ay, cómo me entristecen  
los conejillos de Indias  
que son sacrificados,  
sometidos a escrupulosas torturas,  
para hacer que nosotros,  
sus verdugos,  
limpiemos de ojeras nuestros rostros,**

**estornudemos sólo de vez en cuando  
y le robemos un puñado de segundos  
al incauto reloj, el asesino  
serial por excelencia.**

**Sé que los cerdos o las vacas,  
que están en la sala de espera  
de las manos rojas del matarife  
sienten, como nosotros, que el espanto  
les desmorona el corazón  
dentro del cuerpo.**

**Soy habitante del planeta tierra.  
Y. ay de mí, también soy  
un energúmeno que,  
estando en las nubes de la distracción  
desde donde llueven los descuidos,  
soy. en toda la extensión de la irresponsabilidad,  
un carnívoro,  
un miserable depredador, dizque poeta,  
cómplice de los jiferos  
que hacen masacres  
de capítulos y capítulos  
de la zoología.**

**Como,  
y he comido  
desde siempre,**

**carne, sangre, vísceras  
de mis hermanos.**

**Llevo más de ocho décadas  
de zamparme los succulentos entresijos  
del bestiario.**

**Todos los días, a la alborada en punto,  
llevo a mi estómago,**

**tibios, estrellados, revueltos,**

**las blanquísimas criaturas**

**de esas gallinas**

**que en celdas de su estricto tamaño**

**-como si el prisionero**

**tuviera en su traje de recluso**

**los muros de su cárcel-**

**comen, defecan**

**y crean esos pequeños milagros**

**guardados en la caja fuerte y quebradiza**

**de su cascarón.**

**Soy, no lo niego, cómplice de los asesinos.**

**Mi responsabilidad no se puede esconder**

**detrás del tronco de un árbol**

**o en la minuciosa confección**

**de un soneto.**

**No tengo las manos manchadas de sangre**

**ni mis uñas muestran el luto sanguinolento**

**del victimario.**

**Nunca he matado a un puercoespín,**

**ni arrojado al precipicio un mono araña.**

**Nunca le he sacado los ojos a las golondrinas  
ni le he roto la columna vertebral  
al gato que armoniza mis insomnios  
con sus maullidos.**

**Nunca he salido de cacería  
ni mi apetito ha jugado las veces  
de zorra que abandona el gallinero,  
el hocico emplumado.  
Los zancudos que he sentenciado a muerte  
se pueden contar con los dedos.  
Pero sí, como negarlo, poseo  
una complicidad que chorrea sangre  
y me produce la angina de pecho  
de la culpa.**

**El arrepentimiento,  
con ansias de detergente,  
autocrítica,  
deslinde,  
no puede,  
por más frotamientos que haga,  
limpiar mi acciones,  
blanquear sus oscurecimientos,  
arrojar su detritus  
al bote de inmundicias.**

**No sé qué hacer con esta culpa.**

**No la puedo esconder en un cajón,  
arrancarle la lengua  
y hacerme el que la virgen  
me habla.**

**No quiero ponerme el antifaz  
de la hipocresía  
ni mostrar, disoluto, las muecas  
militantes del cinismo.**

**Sabiendo que toda culpa es venenosa,  
no la puedo arrojar a los cerdos  
-como Cristo lo hacía con los demonios-  
porque los cerdos son mis hermanos  
y todos los mamíferos,  
sin la ubre seca de una sola excepción,  
somos hermanos de leche,  
camaradas en la misma arca de Noé,  
y el aire de familia  
deshoja nuestras diferencias  
y permite a los pies  
del que hace votos de honestidad  
formar con las hojas del suelo  
el polvo que profetiza  
el arribo de la nada.**

**La culpa está frente a mí,  
retándome,  
mentándome la madre.**



**No me puedo quedar mirándola  
porque se me convierte en espejo  
y los espejos, si la luz los interroga,  
ignoran la mentira,  
la sacan de patitas a la calle.  
Se resisten a dar gato por liebre,  
No le dejan el paso  
al sofisma, que se desplaza  
en su patín del diablo,  
y da pie,  
sustento,  
tierra  
al hipócrita canto de sirenas.  
La carga en el cerebro  
y en la espalda.  
Su peso, que aumenta  
embarnecido por los años,  
y por el añadido  
del hacerme de la vista gorda,  
me abruma,  
me sofoca,  
me fatiga  
y, haciendo que mis huellas  
se profundicen hasta hacerse  
moldes de la persona  
que carga en hombros  
toda la ley de gravedad,  
me impide caminar como Dios manda.**

**Corcovado, ya no me es posible  
ni mirar de reojo los luceros,  
ni embarcarme en los zapatos  
que cargan en sus puntas arenilla  
del sitio al que sus pasos se dirigen.**

**¿Alguien sabrá la fórmula  
para perdonarse a sí mismo?  
¿Habrá quien pueda  
brindarme su ayuda,  
tenderme sus manos barandales,  
quitarme este peso,  
sacudirme sin piedad  
hasta desgarrarme  
la feroz mordedura del delito.  
Carajo ¿habrá quien sepa exorcizar  
esta joroba?**

**Febrero de 2013**